6544

E. MARQUINA

MALA CABEZA

PEQUEÑO DRAMA EN TRES CUADROS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

257916

MALA CABEZA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MALA CABEZA

PEQUEÑO DRAMA EN TRES CUADROS

POR

E. MARQUINA

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA de Madrid,
la noche del 26 de Febrero de 1906

MADRID
G. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 17
Teléfono número 551

1906

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SEÑOR SIMÓN, burgués acomodado (45 años)	SR. ALTARRIBA.
SEÑORA SIMÓN, esposa del anterior, todavía vistosa y bien conservada; aparenta unos 40 años	SRA. RODRÍGUEZ.
CALABAZA, hijo menor de ambos; raquítico, desmedrado y feucho; los cabellos de un rojo subido y rebeldes al peine, le agrandan todavía una cabezota triste y paliducha: grandes ojos muy hundidos: 16 años escasos.	SRTA. BLANCO.
PACORRA, criada recien entrada al servicio de la casa. Para dar una nota de color, viste al modo de la aldea de donde procede	QUIJADA.

La escena en nuestros días y en un pueblo situado en los alrededores de una gran ciudad

Se procurará reducir la escena cuanto sea posible y dar al escenario del dramita las reducidas proporciones que han de encuadrar con justeza al pequeño protagonista.

CUADRO PRIMERO

Represéntase en la escena la parte exterior de una casita burguesa en algún pueblecito de los alrededores de una gran ciudad. La casa que se ve en uno de los lados de la decoración, el izquierdo, tiene bajos y primer piso. La casa está construída en forma de «chalet» suizo. Persianas verdes, ventanitas y doble rejado, con rafe de madera. La puerta de este «chalet» es practicable y conduce hasta ella una escalerilla de tres ó cuatro tramos. La escena está convertida en el jardinillo un poco rústico del «chalet». En el fondo de la escena, tapia con reja central que se abre sobre la carretera. A la parte derecha de la decoración, jaulas de gallinas y conejos y la casita del perro.

ESCENA PRIMERA

CALABAZA, luego SEÑOR SIMÓN. Al levantarse el telón, Calabaza, descalzo y mal vestido, está con el azadón arrancando algunas yerbas, que, á brazadas, va metiendo en la jaula de los conejos. Es medio día y en el aplanante silencio de la siesta, silba una canción monótona acompañando su labor. Al cabo de unos momentos aparece en la puerta del «chalet» el señor Simón

SR. SIM ¿Me acompañarás á cazar esta tarde, Calabaza?

CAL. Sí, papá.

SR. SIM. ¿Estás decidido?... ¿No cambiarás luego de opinión?

CAL. ¿Sabe mi madre que saldremos á cazar esta tarde?

SR. SIM. Sí, lo sabe.

CAL. ¿Y no se opone?

SR. SIM No. Pero, ¿tú estás decidido á acompañarme?

CAL. (Sin vacilación ya.) Sí, papá... (Tira el azadón.) Si quieres que salgamos, ahora mismo...

SR. SIM. No tan pronto. El sol pica todavía y tengo que leer los diarios de la mañana. ¿Qué haces tú ahí?

CAL. Limpiar el suelo de yerbas.

SR. SIM Después de comer no es bueno fatigarse.

CAL Mamá sostiene que es higiénico...

SR. SIM Dí que te gusta cavar...

CAL. No me disgusta, sobre todo, mamá lo manda. (Simón lo mira un momento arrancar algunas yerbas y vuelve á meterse en el interior.)

ESCENA II

CALABAZA

Es cosa hecha. Esta tarde nos veremos las caras, señora madre mía. (Deja la azada sobre un árbol y se pasea pensando.) Mucho tiento, Calabaza, y maneja bien tus ideas personales que son lo único que tiene tu persona. Mamá sabe que salimos á cazar y no se opone; es un indicio. Mamá se opone á todo lo que pueda darnos gusto en casa á papá y á mí, y á los gustos que nos sacan de casa, no se opone; es otro indicio. Yo, Calabaza, soy su hijo y mamá me odia, tercer indicio. Pues vuelvo á la mía, esta tarde saldremos de dudas todos juntos. (Bebe de una botella que tiene escondida en la caseta del perro.) ¡Algo ha de darme fuerza para la batalla campal que se me espera! Llegará el momento de la partida, saldrá mi padre á desatar el perro: desde el último tramo de la escalera esperará ella, impaciente, que nos alejemos... «Calabaza, adiós, sé bueno, no hagas enfadar á papá.» Mamá tiene una gran ternura por mi padre siempre que se va de casa... Pero

entonces... Entonces... todos los ánimos personales de Calabaza se forman en línea de batalla y Calabaza cambia de opinión. «Papá, he vuelto á pensarlo, no puedo acompañarte á cazar esta tarde; me es imposible; me esperan en el molino, ó estoy cansado ó ya no tengo ganas.» Calabaza es caprichoso y mala cabeza; no es necesario que explique sus resoluciones. Mi querido señor padre se indignará, contrariado; pero ni me pegará, por no fatigarse; ni me reñirá, por no hablar; ni saldrá de caza por no llevar á cuestas la carga del zurrón y los cartuchos. En cuanto á mi señora madre... desde el último tramo de la escalera, no, desde aquí, muy cerca de mi cara, ¡pif! ¡paf! (Haciendo el gesto del que abofetea.) ¡Calabaza, eres un asno! nos matarás á disgustos. Y por ese camino tantas sentencias como azotes, hasta que la mano se le canse... y no se le cansa pronto... Sí, señora madre, comprendo su indignación de usted; los caprichos de Calabaza la han puesto más de una vez en un aprieto. Calabaza es el perro de la casa y se le despiertan instintos de guardián y vigilante... ¡vamos á ver cómo se las compone usted esta tarde para burlar mi vigilancia! ¡Uf! (Cansado.) ¡Qué porquería la vida! (Calabaza sigue cavando con fatiga. Por la reja del fondo entra Pacorra. Viene con traje de paleta, una cesta al brazo y un paraguas en la mano. Toda sudada y rojiza del camino que ha hecho en pleno sol. Calabaza sigue un rato cavando sin fijarse en ella.)

ESCENA III

PACORRA y CALABAZA

PAC. (A Calabaza.) ¿La señora de Simón?
CAL. Ha salido. (Con sequedad.)
PAC. ¿Volverá pronto?
CAL. Creo que sí.

PAC. Soy la nueva muchacha que la señora Simón contrató el lunes último.

CAL. (Con aire de importancia, dejando caer la azada.) ¡Ah! ¡Ya sé! Me han enterado. Bueno. Siéntate en esa escalera. Es inútil que entres en la casa; no hay allí más que mi padre y no querrá que le distraigan. ¿Cómo te llamas?

PAC Francisca Cordero, pero en el pueblo me llaman Pacorra.

CAL. Yo te llamaré Francisca. ¿Oyes? Yo soy Calabaza.

PAC. ¿Eh?

CAL. Ca-la-ba-za. Ni más ni menos, el menor de los dos hijos de la familia Simón.

PAC. Señor Calabaza.

CAL. ¡Señor Calabaza! Si mamá te oyese se moriría de risa. Calabaza simplemente.

PAC. No me atrevo. Ese debe ser un mote que le han sacado.

CAL Es un mote que me ha sacado la señora Simón á causa del color de mis cabellos.

PAC. Son rubios.

CAL La señora Simón sostiene que son furiosamente rojos. Y el rojo es el color que más la disgusta.

PAC. No comprendo qué razón tenga la señora para mortificarle, señorito Calabaza; parece muy amable.

CAL. No conoces todavía las costumbres de la casa. Ya te irás haciendo á ellas. La señora Simón te hará comprender que soy holgazán, desvergonzado, seco de corazón, embustero, hipócrita...

PAC. No lo parece.

CAL. orgulloso y burlón, burlón sobre todo. Además, tengo otros defectos. Mi hermano Javier, por ejemplo, es el reverso de la medalla. Es guapo, decidor, amable; gasta mucho, pero es natural; tiene queridas, pero es justo; ¡la edad! Es desobediente, pero ¡como apenas le mandan! Además, pellizca á las muchachas y tiene preferencia por las frescas y rollizas como tú.

PAC Pues lo que es á mí, que no me toque, por-

que si á eso vamos tengo malas pulgas. Yo no me meteré con nadie...

CAL. Sí, mujer, sí, te meterás conmigo, ó no harás años en la casa. En cuanto al trabajo...

PAC. ¿Es pesado?

CAL. No mucho. De la cocina no te preocupes. Mamá es una buena cocinera y cuando ella tiene hambre, guisa bien. El resto del trabajo nos lo repartiremos entre los dos.

PAC. ¿Qué dice usted? (Ríe.)

CAL. (Con frialdad.) Estás de buen humor. Nos lo repartiremos entre los dos. Yo te ayudo á trabajar porque mamá sostiene que me conviene el ejercicio para fortificarme. Tú lavas los platos y yo los seco. ¡Ah! te advierto que en la mesa se cambian los menos platos posibles. A mí nunca.

PAC. Mejor.

CAL. Es por ahorrar platos... Tú sirves á la mesa, naturalmente; yo subo el vino de la bodega.

PAC. Es un cargo de confianza.

CAL. Sí; además, la escalera de la bodega es peligrosa Tú cuidas de la ropa, yo de los conejos. ¡Ah! por la mañana tienes que levantarte á las cinco.

PAC ¡Tan temprano!

CAL. Yo soy el encargado de llamarte.

PAC. ¿El señorito Javier se levanta á la misma hora?

CAL. El señorito Javier se levanta al media día porque se ve obligado á regresar de la ciudad en el tren de la madrugada.

PAC. ¿Trabaja?

CAL. Juega en el casino y algunas veces gana el pobre. Una observación general. La costumbre de la casa es hablar lo menos posible. Unicamente la señora Simón tiene la palabra. Papá no quiere contestarle. Mi hermano le contesta si quiere, y yo le contesto si ella quiere. Tú harás al principio lo que te plazca.

PAC. ¡Ca! por mí, deje usted... ya nos despacharemos hablando á nuestro gusto en los ratos de descanso.

CAL. Los ratos de descanso no me pertenecen, Francisca, y lo siento por tí, que me pareces cariñosa. En los ratos de descanso tengo que desempeñar comisiones en casa del droguero, en la farmacia, en la taberna...

PAC. ¿Los señores se llevan bien? (Calabaza no contesta dando á entender le molesta la pregunta.) Dispense... Y á usted, ¿le quieren los señores? Me parece que no mucho.

CAL. Son severos, Francisca; no es cosa tan hacedera mi educación. Con todo, el señor Simón, no me ha pegado nunca.

PAC. ¿Y la señora Simón?

CAL. ¡Oh, alguna bofetada nada más!...

PAC. ¿Todavía?

CAL. Y no creas que me haga daño. Ya dicen que yo soy incorregible. Pero me humilla, ¿sabes? porque soy casi un hombre; voy á cumplir dieciséis años.

PAC. ¡Y tan bueno que parece!

CAL. ¿Sí, verdad? pues, por lo visto, no hay que fiarse de las apariencias. ¡Ah! Dos advertencias más... Esta tarde va á pasar aquí algo extraño, no te metas. Lo mejor que puedes hacer es marcharte. Sí, nadie te ha visto; duermes en la posada y mañana vuelves, como si llegases en aquel momento. Sí, prefiero que esta tarde no haya nadie extraño en casa...

PAC. ¿Algún disgusto grande, señorito?

CAL. Pienso contrariar á mi madre, ¿sabes? y eso trae sus consecuencias.

PAC. Me marcho ahora mismo, pues.

CAL No; espera que... falta otra advertencia.

PAC Diga.

CAL. ¿Ves las gallinas aquellas que andan sueltas por la huerta? Hay que encerrarlas en el corral todas las noches. Hasta ahora ha sido trabajo mío, pero la señora Simón dispuso que la nueva muchacha se encargaría de ello.

PAC. Bueno, bueno, está entendido.

CAL. No te creas, tiene sus dificultades; hay no ches de viento huracanado que te apaga e-

candil y no te hace gracia ninguna bregar por el patio, entre los animaluchos despavoridos, que agitan las alas y te dan picotazos, en la obscuridad.

PAC. ¿Tenía usted miedo? (Con malicia.)

CAL. (Con aire de autoridad.) Miedo no... pero la señora Simón dispone y ha dado sus órdenes respecto á las gallinas... Todas las noches...

SRA. SIM. (Que habrá abierto sigilosamente la verja y oído las últimas palabras de Calabaza.) Todas las noches guardarás tú las gallinas, Calabaza.

ESCENA IV

DICHOS y SEÑORA SIMÓN

CAL. Sí, mamá. (Vuelve á tomar la azada y á cavar. Pacorra atemorizada espera la tempestad que cree va á descargar. La señora Simón se dirige á ella muy amable.)

SRA. SIM. ¿Has llegado ahora, Pacorra? No te esperábamos hasta mañana, pero no importa; ¿tendrás algún fardo en la estación?

PAC. Casi nada, mi ropa.

SRA. SIM. Bueno, bueno... cuando los señores salgan á cazar... podrás irte á la estación en busca de eso... Y mira, no es necesario que regreses á casa hasta la noche... Esta tarde es tuya. Yo, cuando me quedo sola, tengo bastante con mis devociones.

CAL. Sí, mamá.

SRA. SIM ¿Qué murmuras? (Pacorra ríe.)

CAL Nada, mamá.

SRA. SIM No seas imbécil, crees que haces gracia con tus salidas de tono y cada vez consigues hacerte más antipático.

PAC. (Creyendo de su deber intervenir.) Su hijo, señora Simón, es muy amable.

SRA. SIM. ¡Ah! ¿Has hablado con mi señor hijo Calabaza? ¿Y ha estado amable contigo? Pues es un triunfo. ¡Ahí es nada merecer las atenciones del señor Calabaza! Yo soy su madre

y todavía no he logrado oirle una palabra de cariño. (Volviéndose á Calabaza que trabaja, silbando una canción como si no hablaran con él.) ¡Ven aquí! (Calabaza se acerca. Su madre da un paso hacia él y Calabaza levanta el codo y baja la cabeza para esquivar el bofetón.) ¿Qué significa eso? ¿Sigues con tu manía de hacerte la víctima delante de la gente? Ya te he dicho que me mortifica. (Calabaza se mete las manos en los bolsillos.) ¿En qué piensas ocupar la tarde?

CAL. Papá me ha dicho...

SRA. SIM. ¡Papá me ha dicho! ¿Cuántas veces he de repetirte que es ridículo á tu edad ese *papá* me ha dicho?

CAL. Mi padre me ha dicho que saldríamos á cazar.

SRA. SIM Y ¿estás ya preparado?

CAL. Sí, madre.

SRA. SIM ¡Sí, madre! No hay cuidado que conmigo te equivoques. ¡Como mamá es más cariñoso!

CAL. Pero...

SRA. SIM Basta. Ya sé que no han de faltarte nunca excusas... Estás preparado y vas sin corbata.

CAL. Como usted dice que en el campo no se necesita...

SRA. SIM. (Golpeándole la espalda.) ¡Mira qué espalda, llena de tierra!

CAL. Es de la azada.

SRA. SIM ¿Ah, te cavas la espalda con la azada? ¿Por qué no te has puesto las botas? ¿no me has dicho que estabas preparado?

CAL. Es que...

SRA. SIM. Todo por ganas de mortificar. Sabes lo que le disgusta á tu padre, tener que esperarse, va á llamarte de un momento á otro y tienes que ponerte las botas, los calcetines, la camisa, el cuello, la corbata, el cinturon, lavarte la cara, limpiarte las manos y cepillarte la chaqueta. ¡Vamos, despacha! (Calabaza no se mueve.)

PAC. Si á la señora le parece, yo puedo ayudarle.

SRA. SIM ¡No faltaba más! Estoy cansada de pagar los criados para él... ¡Vamos!

CAL. Es que... (El señor Simón con gran sombrero de caza y la escopeta al hombro aparece en lo alto de la escalera.)

SRA. SIM ¿Vamos, Calabaza?

ESCENA V

DICHOS y SEÑOR SIMÓN

SRA. SIM. Tu padre: me alegro. (Se pasea por el foro.)

PAC. ¡Qué mal genio debe tener el señor!

CAL. (Después de un momento de vacilación, cierra los ojos se cuadra y dice, con resolución:) Es que... ¡papá, he cambiado de opinión!

SR. SIM. ¿Cómo?... ¿qué dices?

CAL. (Con las manos en los bolsillos, actitud de idiota.) Que he cambiado de opinión, papá, que no puedo acompañarte á cazar.

SR. SIM. Creo que me has dicho dos veces que estabas decidido.

CAL. Pero he cambiado de opinión.

SR. SIM. Pero eres un asno insoportable, Calabaza. Tendré que salir sólo.

CAL. (Comprendiendo que la treta va á ser inútil.) ¿Te marcharás sólo, papá?

SR. SIM. Es claro... hoy justamente tengo cita con unos amigos en el monte. (Calabaza hace una mueca.)

SRA. SIM. ¿Qué significan esas muecas, Calabaza? Has tratado de mortificar á tu padre y te disgusta no conseguirlo, ¿verdad? ¿crees tú que papá necesita?... Si estuviera aquí Javier, no te hubiera dicho nada papá. ¿Sabes? Estas son las atenciones que tienes á tu padre. (Calabaza queda ensimismado. El señor Simón trata de desatar el perro en la casilla.)

SRA. SIM (Facilitando la marcha de su esposo.) Pacorra, ayuda al señor á desatar el perro. (A Simón.) Si quieres, puede acompañarte Pacorra.

SR. SIM. (Mal humorado.) ¿De qué quieres que me sirva Pacorra, cazando? ¡Tienes unas ocurrencias!

SRA. SIM. (Mimosa.) Bueno, hombre, no te enfades,

pues espera un poco, tal vez Javier regrese pronto y te acompañará con gusto.

SR. SIM. ¡Buen provecho te haga tu Javier! sale á cazar con guantes; no me sirve más que Calabaza para el caso. (Calabaza sonríe envanecido y mira cariñosamente á su padre.) Pero está visto que no puedo darme un gusto en esta vida. No saldré.

SRA. SIM. (Empezando á impacientarse.) ¿Cómo que no saldrás?... ¿no lo habías decidido? ¡qué gran ejemplo, un padre que se deja gobernar por el más caprichoso de sus hijos! Pues me marcho yo. Me horripilan los padres sin energía como tú. Ya lo ves, Calabaza... ya puedes estar satisfecho. ¡Fuera esas manos de los bolsillos, ó te los coso dentro! y... ¡no me mires así, que soy tu madre! Ahí tienes, Pacorra, lo que es mi señor hijo Calabaza. Pues tu padre hará lo que se le antoje. Pero yo no me dejaría gobernar por tí; se empieza desobedeciendo á los padres, se acaba en la horca. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Un hijo en la horca! ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Completamente descompuesta entra en la casa. Pacorra no sabe lo que le pasa, quiere correr y se le cae el paraguas y el cesto, y con ansias de acudir á su señora, lo deja en el suelo. El señor Simón se encoge de hombros, vuelve á colgarse la carabina y se dispone á salir.)

CAL. (Con mucha frialdad, deteniendo á Pacorra.) No te precipites, recoge todo eso, tienes tiempo.

PAC. (Con buena fe.) Es que á la señora va á darle un ataque.

CAL. Es lo mismo. A mamá le duran los ataques hasta que se sale con la suya. Recoge eso; tienes tiempo. (Pacorra recoge los trastos y entra también en la casa.)

ESCENA VI

SEÑOR SIMON, CALABAZA

CAL. (Viendo que su padre se marcha.) ¡Papá!

SR. SIM. ¿Qué?

CAL. Si quieres, te acompañaré á cazar: ya he cambiado de opinión... ¿sabes? Lo que yo quería era que tú no te movieras de casa.. Pero ya que sales... me gusta acompañarte.

SR. SIM ¿Y por qué no querías que me moviese yo de casa?

CAL. Era una idea mía, papá... ya hablaremos otro rato.

SR. SIM Calabaza, eres un asno.

CAL. (Sollozando.) Sí... pa,.. pá...

SR. SIM. (Extrañado.) ¿Por qué lloras?

CAL. (Enjugándose las lágrimas con el revés de la mano.) Por nada, papá... Me has conmovido cuando me has dicho que nadie más que yo servía para acompañarte.. ¿no recuerdas?

SR. SIM (Con frialdad.) Es la verdad. Pero vas descalzo y sucio, ¿cómo no te has arreglado? ¡Me harás esperar dos horas!

CAL. No, papá, saldré así mismo

SR. SIM. ¿Descalzo? Te sangrarán los pies por el monte.

CAL. No, papá, Estoy seguro de mi piel. Y, además, no quiero hacerte esperar.

SR. SIM. (Con indiferencia.) ¡Vamos!... (Calabaza se encasqueta una gorra, coge el zurrón al hombro, un palo en una mano, y sale por la reja, siguiendo á su padre como un perro. Mientras desaparece se le oye silbar indiferente una canción monótona.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Un camino en un monte medio rústico, medio urbano. Bosque de cercanía de pueblo. Al caer de la tarde

ESCENA PRIMERA

CALABAZA, en seguida PACORRA. Pasados algunos instantes en que la escena está sola, suena interior la voz del señor Simón. Gritando

SR. SIM. (Dentro.) ¡A ella!... ¡Calabaza, acósala!... ¡Ya es mía! (Otra pausa y entra en escena Calabaza, sudoroso y rendido, apenas puede andar con sus piés descalzos. Da algunos pasos por la escena, resintiéntiéndose del dolor, y escudriña en la maleza.)

CAL. (Al entrar.) ¡Gracias á Dios! (Ha sonado un tiro lejano.) Cuando papá cobra una pieza, se toma media hora de descanso. (Acaba por encontrar una piedra y se sienta en ella.) ¡Uf!... ¡Los pies me duelen mucho!... (Mirando en torno suyo.) Si hubiera por aquí alguna fuente... metiéndolos en agua fría se me calmaría esta fiebre tal vez... (Se levanta y da unos pasos como para buscar la fuente, entonces entra Pacorra en escena. Trae una cesta al brazo y parece radiante de alegría al encontrarse con Calabaza.)

CAL. (Sin grande extrañeza.) ¡Ah!... ¿Eres tú, Pacorra? ¿nos buscabas?

PAC A usted buscaba, señorito Calabaza... Todo

el bosque llevo andado. (Mirándole los pies.) Pero ahora que le encuentro no me pesa.

CAL. (Receloso.) ¿Te manda mi madre?

PAC. No, señor. De propia intención vengo.

CAL. ¿Qué te trae aquí?

PAC. (Mostrando la cesta que lleva al brazo.) ¿A que no adivina usté lo que traigo en esta cesta?

CAL. Yo qué sé... tus cosas.

PAC. (Saca de la cesta unas botas y sonríe agitándolas triunfalmente.)

CAL. Parecen mis botas.

PAC. ¡Y lo son!... Ande, vamos á calzar esos pies, que da lástima de verlos así, como los pies de un Cristo-niño. (Calabaza le va á tomar las botas para calzarlas; pero ella las retira, y agachándose á sus pies, aunque Calabaza se resiste, va á calzárselas por sí misma: toma uno de sus pies con ambas manos, y con el propio delantal que lleva, se lo enjuga de los rasguños que tiene, oprimiéndolo maternalmente.)

PAC. ¡Señor, señor, si parte el alma ver así estas carnes de criatura!

CAL. Deja, deja, que yo me calzaré.

PAC. Quite, por Dios, quite, ¿qué trabajo cuesta? ¡Si consuela todavía! (Toma una bota y se dispone á calzársela.)

PAC. ¡Ah! Pero ahora pienso... ¿seré yo tonta?... Si con los rasguños y estas plantas ensangrentadas, las botas le oprimirán y le harán más daño todavía... Debíamos vendar los pies... (Tiene una idea.) No, espere... (Se aleja unos pasos y se agacha como si quisiera descalzarse. Repentinamente y como avergonzada, vuelve á erguirse y dice un poco confusa:) ¡Ay! pero señor, ¿qué iba á hacer yo? Como mis medias, que las hizo la abuela tomando el sol, son de estambre y blancas y esponjosas como nieve... ya ve usted... había pensado en ellas; pero, perdone el señorito... fué la buena voluntad...

CAL. (Mientras parte en dos pedazos el pañuelo, envolviéndose con ellos los pies y calzándose, dice:) ¡Pobre Pacorra!... ¡Cuánto has de aprender en casa todavía!... ¿Que me oprimirán mis botas?... ¿no las ves? ¿No sabes que en todo atina la

previsión de mi señora madre?... Como Calabaza es delicaducho y esmirriado, no puede estrenar zapatos nuevos... ¿qué imaginabas tú?... A Javier se le hacen estas cosas, y cuando están mal para él, sale y las aprovecha Calabaza. Y ni las camisas me irritan la espalda, con el roce de lo nuevo, ni me oprimen los pies las botas que, ya ves, se abren y los dejan en libertad por todas partes...

PAC. Entonces, ¿no he hecho mal trayéndolas para que el señorito se calzara?

CAL. Has hecho bien, Pacorra; gracias.

PAC. Cuando la señora me ha dicho que podía salir de casa toda la tarde, yo he pensado... El señorito Calabaza se ha marchao descalzo al monte... y, á estas horas, deben sangrarle los pies...

CAL. (Ya calzado.) Gracias, Pacorra... Y me has traído las botas en seguida. (Calabaza se pasea como queriendo dar fin á la entrevista.)

PAC. En seguida, no... Todavía he rondado un poco por los alrededores de la casa... (Queriendo darse á entender.)

CAL. (Sin darse por entendido.) Son bonitos. Y hay allí, en la misma carretera algunos árboles que se me parecen. Con el cielo lejos; con el agua lejos, descoloridos, mustios y cubiertos de polvo, como yo.

PAC. Me he quedado en los alrededores, señorito-porque maliciaba.

CAL. Mal hecho.

PAC. No, porque tenía razón, ¿sabe usted?

CAL. Peor, Pacorra.

PAC. Y voy.. y cuando salgo me escondo detrás del corral... y hacía un calor... y por aquí y por allá las gallinas picoteaban de cuándo en cuándo el suelo y se quedaban después con el cuello tendido escuchando, como si alguien se acercara... y un bulto de hombre ha entrado en la casa y la señora lo esperaba y yo me he dicho: ¡mire si es gana de atormentar á Calabaza! Porque ese debe ser el señor que vuelve ya del monte y solo por

media hora le han armado al muchacho aquella gritería. ¡Y me he fijado un poco y me ha parecido que no era el señor... y me ha dado vergüenza que me vieran, y me he venido aquí... y aquí estoy... ¡y tengo una pena!...

CAL. Yo también, Pacorra.

PAC. La señora me ha dicho que no volviera á casa hasta la noche.

CAL. A nosotros también.

PAC. ¡Pues yo... no doblaría la cabeza como usté y hablaría al señor y me volvería á casa ahora mismo, y si algo ha de pasar que pase!

CAL. En mi casa no ha de pasar nada: no hay más que un remedio, Pacorra... créeme... ¡escaparse!

PAC. ¿Quiere usted venirse al pueblo, señorito Calabaza? Mire usted, los dos viejos de mi casa no habían de extrañarse. No se crea, le recogerían con cariño. Tenemos dos vacas en casa, una roja, la otra negra con un lucero blanco aquí en la frente. Pues tierras y su poquito de frutas y de huerta, no nos faltan. Hay cerca de mi casa un prado grande con una yerba así de menudita y tierna, donde las vacas se van solas á pacer, y si se tienden sobre la misma yerba á descansar ¡tienen una cara de gusto!

CAL. Si yo fuera á tu casa Pacorra, me encargaría de las vacas.

PAC. ¡Que había de encargarse usted, hombre de Dios! ¿No le digo que van solas? Usted se encargaría de beber su leche y á lo más de acariciarlas, así, pasándolas la mano por el lomo cuando están rumiando en el establo.

CAL. ¿Hay montes altos en el pueblo?

PAC. ¡Uy! como veinte de estos puestos en hilera y como cuatro ó cinco puestos uno encima de otro.

CAL. Quiero decir monte verde... monte de verdad...

PAC. Verde, verde y con muchas fuentes.

CAL. ¿Y con sitios escondidos donde uno pueda perderse?

PAC. Que sí, que sí.

CAL. Bueno, Pacorra... si alguna vez me escapo de mi casa iré á tu pueblo.

PAC. ¿Pa qué?

CAL ¡Qué sé yo!... Para perderme en el monte y descansar á gusto tres días seguidos.

ESCENA II

DICHOS y SEÑOR SIMÓN

SR. SIM. (Con la escopeta en la mano.) ¿Qué haces aquí, Calabaza?

CAL. Nada, papá.

SR. SIM. ¿Y usted qué hace aquí?

PAC. La señora me ha dicho que no volviera á casa hasta la noche.

CAL Sí, papá.

SR. SIM. ¡La señora le ha dicho! Pero la señora no le ha dicho que viniese en busca de Calabaza á charlar y retozar con él por estos montes. ¿No le da á usted vergüenza?

PAC. (Con honrada indignación.) ¿Vergüenza de qué, señor? He visto salir al señorito descalzo, y le he traído sus botas para que los pies no le sangraran; vergüenza debía darle á usted que es padre suyo, y lo ha sacado de casa de aquél modo.

CAL. Disimula, papá. Pacorra no conoce las costumbres de la casa.

PAC. Eso es, señor. No conozco las costumbres de la casa, y me dejo llevar por la ternura del alma y por la hombría de bien que llevo dentro... Y mire usted, señor, yo no sirvo para malos tratos. De ver cómo tratan los señores al señorito, me entra una pena tan grande, que me lo comería á besos. Y me haría á diario unos hartones de llorar, que detrás de él me moriría. Y además, su casa de usted no me acomoda, porque...

CAL. ¡Pacorra!

PAC. No se enfade el señor, que no tiene ninguna culpa.

CAL. ¡Pacorra!

SR. SIM. ¡Déjala que hable, que de algo le remuerde la conciencia cuando tanto se defiende.

PAC ¡Me remuerde.. sí, señor, me remuerde de haberme entretenido tanto tiempo con Calabaza y no haberle buscao á usted para decirle lo que pasa... sí señor. Pues pasa...

CAL. Pégame, papá. Pacorra iba á decirte que he querido abrazarla y que se ha entretenido á hablar conmigo para reprenderme... Eso es, papá. Nada más que eso, ¿verdad, Pacorra?

PAC. ¡Miren el rapaz de Dios! ¡Pues no quiere cargar ahora con las culpas! (En el momento en que el señor Simón levanta la carabina para amenazar á Calabaza, que sumiso espera el castigo, interviene Pacorra diciendo violentamente y deteniendo el brazo del señor Simón.) ¡Que no señor, hombre, que no es eso! Su casa de usted no me acomoda; pero no es por Calabaza, no señor, sino por la señora, ¿sabe usté? Y yo no digo más; pero en el pueblo saben muy bien lo honrada que es Pacorra, y que no miente, y que para ciertos oficios no aprovecha. ¡Y sí que me da vergüenza, ya que usted me lo pregunta! Tanta vergüenza que me marcho. (Sale Pacorra. El señor Simón queda mucho rato en silencio. Calabaza también. Los dos están sentados. Simón descarga su carabina y vuelve á cargarla luego, mirando y remirando el nuevo cartucho que introduce.)

ESCENA III

SEÑOR SIMÓN y CALABAZA

SR. SIM. Calabaza, debíamos volver á casa ahora mismo.

CAL. ¿Por qué, papá? ¡Es tan temprano! De seguro que mamá no nos espera hasta la noche.

SR. SIM. ¡Pues por eso! Calabaza, esa Pacorra parece una muchacha honrada.

CAL. Sí, papá.

SR. SIM. (Poniéndole las manos en los hombros.) Oye, Calabaza... y tú... ¿crees que no ha mentido?

CAL. Yo, papá...

SR. SIM Quiero saber... responde: ¿crees que no ha mentido?

CAL. (Temblando y sollozando.) Creo que no, papá. Creo que no ha mentido.

SR. SIM. (Con arranque sincero.) ¡Vamos!

CAL. ¡Papá!

SR. SIM. ¿Qué quieres?

CAL ¿No me das la carabina? Todos los días cargo con ella á la vuelta.

SR. SIM Pero hoy no...

CAL. ¿Por qué, papá? Vas á fatigarte. Yo la llevaré con cuidado. Además, antes de llegar á casa me dejarás, como todos los días, disparar el último cartucho.

SR. SIM. No, hoy no. Ya te he dicho que no.

CAL. (Insistiendo.) ¿Por qué, papá?

SR. SIM Porque hoy no es como todos los días el último cartucho. (Pausa. Calabaza besa la mano á su padre.)

CAL. Eres un hombre, papá.

SR. SIM. (Abrazando á su hijo.) Calabaza, tú también eres un hombre. (Salen del bosque por la parte opuesta á la que ha dado entrada últimamente al señor Simón.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

El comedor de la pequeña casita de los señores Simón. Un intermedio entre cocina rústica y comedor urbano. La chimenea recuerda un poco el hogar de las casas de pueblo. Muebles tristes y anticuados. Aire de interior, cuidado sin cariño y sin gusto. Luz crepuscular. En el fondo una puerta que da al jardinillo y una ventana á cada lado de la puerta En la parte derecha otra puerta que comunica, por medio de una escalerilla que se ve, con el primer piso de la casa. En la izquierda otra puerta comunicando con la cocina y dependencias interiores.

ESCENA PRIMERA

SEÑOR SIMÓN y CALABAZA. Simón, intranquilo. Calabaza, con su aplomo reconquistado: un aplomo que no pierde más que en presencia de la señora Simón, su madre

SR. SIM ¿Has visto algo, Calabaza?

CAL. Nada, papá. (El señor Simón se quita la carabina, dejándola sobre la mesa del comedor.)

SR. SIM. Pues yo he visto que alguien iba á salir por el fondo de la huerta hacia donde está la puerta de escape que da al atajo.

CAL. No lo creas, papá; por aquella puerta no puede salir nadie.

SR. SIM ¿Por qué, Calabaza?

CAL Porque yo tengo la llave.

SR. SIM. De modo que no hay remedio... Quieras que no, tenemos que enterarnos de todo y

hacer una escena... Si hay alguien en casa, ha de pasar por delante de la ventana para salir por la verja á la carretera.

CAL. Sí, papá.

SR. S M. Mira, Calabaza, me parece que oigo pasos por la huerta... Descarga esa escopeta.

CAL (Imperturbable.) ¿Sobre los que pasan?

SR. SIM (Extremeciéndose.) No; sin dispararla.

CAL. (Con la escopeta en la mano.) Si quieres, papá, cerraré los ojos y dispararé por la ventana Se encargará el destino de dirigir la bala.

SR. SIM. Calabaza, hijo mío, descarga esa escopeta sin dispararla; hazme el favor.

EACSEN II

DICHOS y PACORRA que se la oye gritar

PAC. (Hablando con alguien á gritos.) Yo no he tocado esa llave, ni tengo por qué tocarla. Y yo no miento nunca, ¿sabe usté? no miento. (Entra por la izquierda.)

SR. SIM. ¿Qué pasa, Pacorra? (Calabaza mete las manos en los bolsillos: mira á su padre, mira á Pacorra y silba su canción.)

ESCENA III.

DICHOS y SEÑORA SIMÓN, que entra descompuesta por la izquierda

SRA. SIM ¿Ha parecido la llave?

CAL (Un poco desconcertado.) Sí, mamá.

SRA. SIM. ¿La tenías tú?

CAL Sí, mamá.

SRA. SIM. ¿Y por qué la tenías?

CAL. (Comenzando á temer por su cara.) Como la puertecita pequeña no se utiliza nunca...

SRA. SIM ¡Ah! no se utiliza nunca la puerta pequeña.. Y cuando regresa Javier, ¿por qué puerta va á entrar si no le dejamos esa abierta?

CAL. No es eso, mamá... sino que como pedías la llave con tanta urgencia, creí que la necesitabas ahora mismo.

SRA. SIM. Ahora mismo; sí, señor.

CAL. ¿Por qué, mamá?

SRA. SIM (Comenzando á descomponerse.) ¡Porque lo mando y... basta!

CAL. ¡No basta, mamá!... Nada más que la razón basta para mandar.

SRA. SIM. Dame la llave.

CAL. No puedo.

SRA. SIM. (Avanzando un poco. Calabaza se retira. Queda la mesa entre los dos.) ¿Por qué no puedes?

CAL. Porque he olvidado dónde la puse.

SRA. SIM (Fuera de sí.) ¡Mientes!

CAL ¡No importa!

SRA. SIM (Amenazándole.) ¿Cómo que no importa?

SR. SIM. ¡Basta!... Calabaza, hijo mío, dale esa llave á tu madre.

CAL. ¿Lo quieres tú, papá?

SR. SIM. Lo quiero.

CAL. (Sacando la llave del bolsillo del pantalón.) ¡Toma! (Dándosela á su padre.)

SR. SIM. (Dándosela á la señora Simon.) Haz con esa llave lo que tengas que hacer y vuelve pronto, que tenemos que hablar.

SRA. SIM. ¿Tenemos que hablar?

SR. SIM. Pocas palabras. Anda. (Sale la señora Simón.)

ESCENA IV

SIMÓN, PACORRA y CALABAZA. El señor Simón habla en voz baja con Pacorra. Ésta sale inmediatamente del cuarto. Calabaza está á la ventana expiando ansiosamente la obscuridad. De repente da un grito y se va á abalanzar sobre la escopeta. Encuentra al señor Simón que la está descargando

C. L No, papá, no acabes, déjame, dame... ¡lo he visto!

SR SIM Yo también lo he visto, Calabaza: no te apures. (Pausa. El señor Simón acaba de descargar la escopeta. Mira el reloj, arregla unos papeles. Luego se sienta.)

CAL Papá...

SR. SIM. ¿Qué quieres, hijo mío?

CAL Un favor muy grande.

SR. SIM. Di.

CAL Quiero marcharme de casa.

SR. SIM Es natural. ¿Hace mucho tiempo que lo deseas?

CAL (Ingenuamente) Desde que no quiero á mamá.

SR. SIM Pero... ¿Hace mucho tiempo?

CAL. Escucha, papá. Era yo muy chiquitito, debía tener cinco años. Un día habías salido á cazar como hoy... Yo andaba por el jardín á á estas mismas horas... Y pasó esto mismo... ¿comprendes? Mamá vino en seguida á hablarme muy cariñosa... «¿Qué has visto, Calabaza?»—«Nada, mamá...» Pero desde entonces, ¿sabes? Desde entonces aquí tenía un peso y aquí un nudo. Quiero marcharme, papá.

SR. SIM ¿Por qué no has resuelto marcharte hasta hoy?

CAL. Porque hasta ahora he sido niño, papá. Figúrate que esta tarde estaba yo pensando en poner fin á todo esto y había resuelto... pero eran cosas de niño, papá; ¿qué quieres que te explique?

SR. SIM. Todo, hijo mío, explícamelo todo, Antonio, me parece que ahora te hablo por la primera vez.

CAL Por lo menos es la primera vez que me has llamado Antonio.

SR. SIM Es tu nombre...

CAL Gracias, papá... Pues mi plan era el siguiente. Negarme á acompañarte á cazar, porque tú no te movieras de casa: cerrar la puertecita de escape y estarme toda la tarde en el patio; con todo esto reunido, pensaba yo, se quita la ocasión de lo demás: mamá no se moverá de casa mientras estemos todos en ella; á casa no vendrá nadie sin que le sirva yo de centinela; y repitiendo esto un día y otro día, á pesar de los golpes y de los malos tratos y de los castigos me decía yo: ó logro lo que quiero, ó acaban por matarme

los martirios... y las dos cosas, papá, me parecían buenas.

SR. SIM (Apretándole los hombros.) ¡Hijo!

CAL Era un plan de niño y se ha derrumbado como un castillo de naipes... Papá, quiero marcharme de casa.

SR. SIM Pero, ¿á dónde vas á irte solo?

CAL. ¡Si dijeras á Pacorra que me acompañase un par de años!...

SR. SIM ¿Y cuándo quieres marcharte?

CAL. Ahora mismo; dentro de una hora sale el último tren para la ciudad, ¿verdad? y allí trabajaré... y tú vendrás á verme, papá, muy á menudo, ¿verdad?

SR. SIM. Pero no vas vestido, tienes que arreglarte; ¿cómo vas á presentarte de ese modo á pedir trabajo á los amigos á quienes te recomiende?

CAL. ¿Me das permiso, papá? ¿voy á vestirme?

SR. SIM (Consultando el reloj por segunda vez.) Y muy aprisa, que corre mucho el tiempo, Antonio. (Sale Calabaza por la puerta lateral derecha que comunica con la escalera. El señor Simón entra por otra puerta lateral izquierda. La señora Simón entra en el comedor por la puerta del foro, mira á todos lados y, suspirando aparatosamente, se sienta en el sillón. Sale el señor Simón con una maleta en la mano.)

ESCENA V

SEÑOR SIMÓN y SEÑORA SIMÓN

SRA. SIM. (Asomándose á la ventana lateral y examinando el jardinillo.) ¿Habrán visto?

SR. SIM. (Fijándose en su esposa.) ¡Ah! ¿Ya estás de vuelta?

SRA. SIM. Sí... ¿qué te ocurre?

SR. SIM. Poca cosa; ¿puedes decirme, poco más ó menos, cuánto gastamos al mes todos juntos, para mantenernos?

SRA. SIM ¿Desconfías ahora de mí? ¿crees que siso, como las criadas?

SR. SIM. Hablo en serio, Teresa, y te ruego que me contestes.

SRA. SIM. (Después de una pausa, un poco desconcertada.) Todo comprendido un mes con otro debemos gastar cuatro mil reales. Pero si quieres, desde mañana estoy dispuesta á darte cuentas. Calabaza puede tomármelas.

SR. SIM (Se sienta en una silla y se pone á escribir.) Está bien.

ESCENA VI

DICHOS y CALABAZA, vestido en traje de domingo

SRA. SIM. ¿Estás loco, Calabaza? ¿A dónde vas?

CAL. ¡Afuera, mamá!

SRA. SIM. ¿Qué dices? ¿A quién has pedido permiso para ponerte el traje? ¡A desnudarte en seguida!

CAL. Es que...

SR. SIM. Un momento. En la casa, desde hoy, habrá dos bocas menos; todos los meses mi notario te entregará tres mil reales, ¿está justo?

SRA. SIM. (Tartamudeando.) Está justo, pero..

ESCENA VII

DICHOS. PACORRA muy sofocada

PAC. Los tres billetes, señor, el mío y los dos que usted me ha encargado. El tren sale dentro de media hora.

SR. SIM. Dame los dos billetes, coge esta ropa y esta maleta. Y en seguida á la estación... (Sale Pacorra.)

CAL. (Llorando de gozo.) Papá, ¿pero tú?...

SR. SIM. Sí, hijo mío.. Hoy comienzas á levantar tu casa, la casa de un hombre de corazón. ¿Crees que en ella habrá sitio para un padre desengañado y viejo?

CAL. (Abrazándole con efusión.) ¡Oh, papá!

SRA. SIM. ¡Qué escenas! ¡Pero acabemos de una vez! ¿queréis decirme lo que esto significa? ¿Estás en el caso de pedir limosna á tu hijo? ¡un rincón para vivir! ¿no es esta tu casa?

SR. SIM. (Abrazando á Calabaza.) La casa de un hombre, señora, no son las cuatro paredes frías que le tapan la mesa donde se sienta para engullir garbanzos. La casa de un hombre es antes que nada, el amor y la consideración de los suyos; el corazón es el verdadero hogar de una casa. ¡Esto *aquí* no lo encuentro y aquí sí! (Golpeando el corazón de Calabaza.) Por eso nos vamos. (Van á salir.)

SRA. SIM. (Amenazando.) ¡Javier me vengará!

SR. SIM. (Volviéndose apenas.) ¡Desconfía de Javier! ¡Le has hecho á imagen tuya! ¡Tal vez me vengue á mí! (Salen. Calabaza se enjuga los ojos con el pañuelo. La señora Simona se retuerce las manos.)

TELON RÁPIDO

DOS PALABRAS

Es costumbre del autor dar las gracias en esta última página á los artistas que han interpretado su obra, colaborando con él, en el momento de darla á conocer al público.

Yo me conformo gustoso con la costumbre; pero es necesario que se me consienta expresar, además de mi reconocimiento, mi admiración por la labor de Josefina Blanco, al crear el protagonista complejo de este pequeño drama.

E. Marquina

DEL MISMO AUTOR

El Pastor, poema dramático en tres actos y en verso..... 2 pesetas.
Agua mansa, zarzuela en un acto.. ..... 1 »
La vuelta del rebaño, zarzuela en un acto. 1 »
Benvenuto Cellini, biografía dramática en cuatro actos..... 2 »
Emporium, drama lírico en tres actos (verso catalán)..... 1 »

Obras no dramáticas

Odas (agotada).
Eglogas..... 0,75 »
Las vendimias..... 3 »
Elegias..... 2 »

Traducciones

La ciudad y las sierras, novela de *Eça de Queirós*..... 1 »
Saliendo de la esclavitud... autobiografía del pedagogo negro, *Booker T. Washington*, con un prólogo del traductor..... 2 »
Las flores del mal, de *Charles Baudelaire*, traducidas en versos castellanos..... 3 »

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta